

Algunos comentarios guiados de “Lazarillo de Tormes”

Texto 1

Y así me fui para mi amo, que esperándome estaba. Salimos de Salamanca, y llegando a la puente, está a la entrada della¹ un animal de piedra, que casi tiene forma de toro, y el ciego mandome que llegase cerca del animal, y allí puesto, me dijo: "Lázaro, llega el oído a este toro, y oirás gran ruido dentro dél¹." Yo, simplemente² llegué, creyendo ser así; y como sintió que tenía la cabeza par de³ la piedra, afirmó recio la mano y diome una gran calabazada⁴ en el diablo del toro, que más de tres días me duró el dolor de la cornada, y díjome: "Necio, aprende que el mozo del ciego un punto ha de saber más que el diablo", y rio mucho la burla. Paresciome que en aquel instante desperté de la simpleza en que, como niño, dormido estaba. Dije entre mí: "Verdad dice este, que me cumple avivar el ojo y avisar⁵, pues solo soy, y pensar cómo me sepa valer." Comenzamos nuestro camino y, en muy pocos días, me mostró jerigonza⁶, y como me viese de buen ingenio, holgábase⁷ mucho, y decía: "Yo oro ni plata no te lo puedo dar; mas avisos⁸ para vivir muchos te mostraré." Y fue así, que, después de Dios, este me dio la vida y, siendo ciego, me alumbró y adestró⁹ en la carrera de vivir.

¹ *della* y *dél*: contracciones por 'de ella' y 'de él', respectivamente / ² *simplemente*: con simpleza o necedad / ³ *par de*: junto a / ⁴ *calabazada*: golpe en la cabeza / ⁵ *avisar*: espabilar / ⁶ *jerigonza*: jerga difícil de entender / ⁷ *holgábase*: se alegraba / ⁸ *avisos*: consejos / ⁹ *adestró*: adiestró

LOCALIZACIÓN. El texto es un fragmento que pertenece al Tratado Primero de la *Vida de Lazarillo de Tormes y de sus fortunas y adversidades*, novela picaresca de autor anónimo —aunque numerosas son las paternidades que la filología le ha ido atribuyendo; recentísima es, por ejemplo, la que defiende la autoría de Diego Hurtado de Mendoza—. La edición más antigua que se conserva data de 1554, fecha que nos sirve, pues, para fijar la irrupción de un nuevo género novelístico que, sin embargo, no tendrá continuidad en el Renacimiento y sí durante el Barroco, aunque con características algo distintas —en 1599 se publicará la *Primera parte de Guzmán de Alfarache*, de Mateo Alemán—.

ARGUMENTO. El fragmento da cuenta de la primera experiencia de Lázaro con el ciego, su primer amo. Este convence al todavía cándido niño para que arrime su cabeza a una estatua de piedra y, seguidamente, le propina un golpe contra ella. Con su acción violenta, el ciego pretende hacer de él una persona menos confiada. Lázaro aprende la lección y, a costa de su inocencia perdida, aprende a conducirse pícaramente en la vida.

TEMA. Pérdida de la inocencia infantil.

FORMA DE ELOCUCIÓN. Como es habitual en el género novelístico, el fragmento combina narración y diálogo. La narración posee el punto de vista de un narrador protagonista que ofrece los hechos en primera persona del singular, lo cual es propio de la novela en forma autobiográfica. Por su parte, el diálogo transcurre a través del estilo

directo, siempre introducido por un *verbum dicendi*, en concreto, el verbo declarativo "decir".

ESTRUCTURA INTERNA. La acción se estructura en tres partes:

El primer apartado abarca los cuatro primeros renglones en que se narran esa primera experiencia sufrida por un Lázaro todavía inocente y la reacción del ciego, quien ríe por el éxito de su estratagema, con tanta crueldad como la que puso en su acción.

El segundo apartado corresponde a la reflexión que Lázaro lleva a cabo tras la experiencia sufrida. Esta interiorización se formaliza en una especie de reflexión que efectúa el personaje y que le lleva a la conclusión de que, en adelante, ha de espabilar.

Con el «comenzamos nuestro camino», comienza también el tercer y último apartado. En él se nos da cuenta, por un lado, del siguiente paso en el proceso educativo, a saber, el aprendizaje de la jerigonza; y por otro, del reconocimiento por parte de Lázaro de la utilidad de la educación picaresca, de las lecciones de gramática parda.

ANÁLISIS DE CONTENIDO Y EXPRESIÓN

La narración, como corresponde al nuevo género picaresco que nace con esta obra, se desarrolla en un marco plenamente realista. Efectivamente, a las afueras de Salamanca se hallaba, entonces como hoy, el puente romano que, sobre las aguas del río Tormes, da acceso a la ciudad —véase la fotografía que, amablemente, nos cede Loli; en ella se muestran el puente y el toro o verraco íbero mencionados en este episodio picaresco—. Antes de dar ningún consejo, el ciego trata de educar a Lázaro de forma contundente mediante una experiencia sumamente dolorosa en la que el lector aprecia el cruento contraste entre la simpleza y candor del niño y la astuta malicia del ciego, quien, cruelmente, se regocija de la burla. Esta mala experiencia sirve a Lázaro para despertar del *sueño* de la inocencia infantil y llegar a la determinación de que cumple «avivar el ojo y avisar». Nótese cómo la paronomasia entre los verbos "avivar" y "avisar" resalta la importancia clave que poseen estas dos acciones para el posterior desarrollo del pícaro. Nuestro protagonista ha comprendido que el mundo le va a ser hostil y su reacción, lejos de mostrar ira o siquiera resentimiento hacia el ciego, simplemente es práctica: lección aprendida. La primera, ya que enseguida prosigue su instrucción en «la carrera de la vida». Su reciente amo lo instruye en el lenguaje del hampa, le enseña «la jerigonza» propia de los ciegos que recorren las calles intentando ganarse la vida. Segunda lección. Y la promesa de numerosos consejos con que completar su educación pícaro, ofrecida en un tono sentencioso: «Yo oro ni plata no te lo puedo dar; mas avisos para vivir muchos te mostraré». La expresión es casi una cita textual bíblica extraída de San Pedro: «No tengo oro ni plata; lo que tengo, eso te doy» (*Hechos de los apóstoles*, 3, 6). La referencia no es casual, no en vano se va a obrar un milagro, pues, como un segundo Dios metafórico, el ciego le «dio la vida» de nuevo.

El último punto de este fragmento atesora una riqueza expresiva notable —hasta cierto punto, conceptista, por el acopio de juegos de palabras— y es buen ejemplo del valor literario que la novela posee: «Y fue así, que, después de Dios, este me dio la vida y, siendo ciego, me alumbró y adestró en la carrera de vivir». Se trata de una reflexión final con un marcado tono irónico. El contraste entre la grandeza de Dios y la miseria del ciego se intensifica paradójica e irónicamente al equipararlos Lázaro según una

misma función demiúrgica: a ambos dice deberles la vida. Más aún, ironía y paradoja quedan reforzadas en la expresión: la primera, a través de la dilogía del verbo "alumbrar", que significa tanto 'parir', 'dar a luz' como 'dar luz', 'iluminar'; y la segunda, a través del hecho de que sea precisamente un ciego quien haya de "iluminar" a un vidente, Lázaro, en su camino. «Me alumbró y adestró», nos dice. Última ironía: "adiestrar" significa, según acepción hoy poco usada ya, 'guiar, encaminar, especialmente a un ciego'. Vemos, pues, cómo la función propia del lazarrillo —este sustantivo se incorpora, por antonomasia, al acervo léxico de la lengua castellana procedente del nombre de nuestro protagonista— la desempeña metafóricamente quien habría de beneficiarse de ella.

Como ya se ha dicho al principio, el *Lazarillo* es una novela en forma autobiográfica. El protagonista nos cuenta su propia historia en primera persona, desde un punto de vista interno; sin embargo, como quiera que es también el narrador, ese punto de vista único, de Lázaro, se desdobra. Si, como narrador, ofrece al lector la esencia de los hechos a través de pretéritos perfectos simples de indicativo («fui», «salimos», «llegué», «comenzamos»..., «adestró»), como protagonista, hablando para sí mismo, descubrimos su pensamiento a través de presentes de indicativo («dice», «cumple», «soy»).

En cuanto a la acción, esta es rápida, vivaz, no se detiene en detalles accesorios o innecesarios. A esta viveza, contribuye fecundamente la presencia de diálogo; aunque, en última instancia, solo oigamos la voz del ciego.

CONCLUSIÓN. Es este un fragmento característico de la primera novela picaresca. En él descubrimos, no sin lástima, la rapidez con que se pierde la inocencia infantil en un mundo donde es preciso obrar de forma pragmática con astucia. Es un mundo creíble, realista, totalmente opuesto al reflejado por el global de la literatura renacentista, que omitía cualquier aspecto vulgar de la realidad. Nos las tenemos, asimismo, con un protagonista que en modo alguno es el héroe idealizado de la novela pastoril o de la bizantina o de la caballeresca... Es un héroe nuevo, realista como el mundo que lo aprisiona; un héroe antiheroico en un espacio conocido: la Salamanca del s. XVI.

1. **ACLARACIONES LÉXICAS**

- *regalar*: tratar bien a alguien (voz de germanía en el siglo XVI)
- *y luego otro día*: al día siguiente
- *acordar*: determinar, resolver, decidir
- *holgar*: alegrarse de una cosa, celebrar algo.

2. **LOCALIZACIÓN DEL TEXTO**

El fragmento pertenece al tratado I del *Lazarillo de Tormes*, obra anónima del siglo XVI. Se narra un episodio con el ciego, el primer amo de Lázaro: es una "picardía" más, que sigue a otras similares, con las que el protagonista intentaba también beber el vino del jarro. A sus intentos, el ciego responde siempre con nuevas astucias que le dificultan la satisfacción de una necesidad vital (aquí, no es el comer, sino el beber).

Se trata de uno de los episodios más famosos de la novela, porque muestra la dureza del aprendizaje del protagonista.

3. DETERMINACIÓN DEL TEMA

Una aventura que, junto a otras muchas, contribuye a formar el carácter de Lázaro. Así ha ido aprendiendo con el ciego lo que es la vida y así continuará con él y con otros amos. Ese aprendizaje viene marcado, como se ve, por los golpes y las burlas de los demás, que se imponen al protagonista como niño e inexperto que es. El episodio toma como referencia el vino, un elemento recurrente en la novela por su sentido salvífico y su significado simbólico (fuente de calor = fuente de vida = fuente de ingresos).

4. ESTRUCTURA DEL RELATO Y RECURSOS LITERARIOS

Está narrado dentro de una sucesión cronológica de acontecimientos, tal como se indicaba en el apartado 2º: se sitúa inmediatamente después de otros intentos, descubiertos por el ciego, de conseguir el vino del jarro.

Como en todos los cuentos tradicionales, y éste tiene tras de sí unos ricos antecedentes folclóricos (romances, colecciones de *exempla*), se sucede una secuencia fija en su armazón narrativa:

1. PLANTEAMIENTO: necesidad ineludible de beber vino por parte del protagonista; el oponente le impide la satisfacción de ese deseo;
2. NUDO:

a) invención de una estratagema para satisfacer esa necesidad

b) satisfacción de la necesidad del vino, relacionada con el frío, una calamidad más

c) descubrimiento de los efectos de la estratagema (la falta del vino) por el ciego y excusa de Lázaro

d) descubrimiento de la estratagema y venganza del ciego

3. DESENLACE: conclusión de la aventura y burlas del ciego. Nuevo aprendizaje de Lázaro.

Esta estructura típica del episodio se repite en todos los estadios del aprendizaje de Lázaro: intento de engaño –descubrimiento del engaño– venganza; es decir, el aprendizaje en Lázaro sigue una estructura cíclica en todo el Tratado I. Justamente al final de éste, el niño conseguirá invertir la tendencia y será él quien se vengue del ciego, además de haberlo engañado.

Para narrar el cuento se utiliza un lenguaje realista, propio de lo que después se llamará “novela picaresca” (ya que en el *Lazarillo* no puede hablarse aún de tal género novelístico, y ni siquiera aparece la palabra *pícaro*), que no rehúsa expresiones coloquiales (“maldita la gota que se perdía”, “no diréis, tío”, “daba al diablo”, “el pobreto”), aunque, por supuesto, no deje de lado el embellecimiento propiamente literario.

De entre los rasgos retóricos, el más destacado es, sin duda alguna, el de la *abreviatio*, manifestada por la concisión expresiva, el empleo exacto del léxico y la abundancia de anáforas para acortar la enunciación (4-6).

En el nudo del texto, los recursos empleados tratan de oponer la sutileza, picardía e ingenio de Lázaro a la brutalidad, sabiduría y mayor ingenio del ciego, al que, en cambio, se dedica alguna matización admirativa; así, al inicio del texto, la estratagema se narra utilizando diminutivos afectivos: “fuentecilla”, “tortilla”, “pobrecilla” (contagiados al propio ciego: “pobreto”, con una posible intención humorística), junto a un léxico que revela el ingenio de Lázaro: “agujero sutil”, “delicadamente ... taparlo”. Toda esta serie de términos apreciativos contrasta con el léxico degradante empleado para el ciego: “mal ciego”, “desesperado ciego”, “su fuerza” (que se repite en “su poder” para reafirmar el ímpetu agresivo), que aún se opone al menor ingenio de Lázaro: “no pensando el daño”, “senteme como solía”, “dulces tragos”, “mi cara puesta hacia el cielo”, “cerrados los ojos”, “sabroso licor”; ambos léxicos se aúnan en el momento del golpe y toman como referencia el objeto principal del fragmento: “dulce y amargo jarro”. La contraposición léxica continúa hasta el final: el “golpecillo”, irónico, se contrapone el “jarrazo”, y la consecuencia es una buena muestra del “humor negro”, tremendista, posiblemente tan español: le parte la cara y le deja sin dientes. Todas estas contraposiciones, que revelan, en el fondo, la diferencia de ingenio que aún se mantiene entre amo y criado, vienen a confluir, en las líneas finales, con la burla del ciego y el lamento del niño. Aquél, más sabio aún, concibe la aventura con un espíritu que podría pasar por pedagógico, cuyo instrumento es el vino, origen del conflicto y solución final para sus heridas: “lo que te enfermó te sana y da salud”, con no poca ironía: el vino “ha enfermado” a Lázaro, le ha sentado mal tomarlo, pero no porque se haya excedido con él la última vez que lo ha bebido. ¡Tomar vino sienta mal a la larga!, parece decirle el ciego a Lázaro, como si estuviera imbuido de un piadoso espíritu paternalista.

Arriba se mencionaba la precisión del léxico, usado con un valor muy exacto. Esa precisión donde mejor se manifieste sea probablemente en la adjetivación constante del fragmento. Los adjetivos matizan el significado genérico de los sustantivos y dotan al texto de una rigurosidad que impacta al lector: “agujeto sutil”, “delgada tortilla”, “triste ciego”, “pobrecilla lumbre”, “mal ciego”, “dulces tragos”, “sabroso licor”, “desesperado ciego”, “pobre Lázaro”, “cruel castigo”. Como fácilmente se comprueba, los adjetivos cooperan decisivamente al sentido del texto y a la caracterización de los personajes y de sus relaciones.

Un último recurso que abona el realismo del relato es la pretendida objetividad distanciadora. En una narración autobiográfica, en 1ª persona, la subjetividad ha de ser constante en todos los episodios; sin embargo, siendo esto así efectivamente, se introducen en la obra algunos elementos que tratan de distanciar claramente el hecho narrado y el momento de la enunciación. En este fragmento, después de haber desarrollado el argumento central, Lázaro-narrador nos dice que se quedó sin dientes “hasta el día de hoy”, alejando de ese modo la acción del presente, aunque en él repercute. Esa mención, narrativamente innecesaria, no puede deberse más que al deseo de objetivar mínimamente un relato subjetivo, dotándolo de una suficiente verosimilitud: las huellas del pasado en el presente tangible. Pero más claramente se muestra esa intención en el centro del relato: cuando más enfangados estamos en la

historia del jarrazo, esperando anhelantes, nosotros lectores, su conclusión, Lázaro-narrador modifica repentinamente la perspectiva y se decide a usar, en apenas tres líneas, la 3ª persona narrativa, dejando desamparado de su protección a Lázaro-personaje: "de manera que el pobre Lázaro, que de nada de esto se guardaba, antes, como otras veces, estaba descuidado y gozoso". Justo en este momento descarga el ciego su jarrazo sobre el personaje "desamparado". Inmediatamente después, vuelve a retomarse la 1ª persona: "verdaderamente me pareció..."

A lo largo de toda la novela, Lázaro-narrador y Lázaro-personaje se han confundido en una sola persona y han ofrecido al lector una sola perspectiva. Tan solo en algún momento crítico el narrador se desvincula de lo narrado y tiende a objetivizar los hechos. Surgen, entonces, de improviso, dos perspectivas, la del que narra y la del que actúa, para de inmediato volver a una sola.

Lázaro-narrador = Lázaro-personaje 1ª persona Subjetividad

Lázaro-narrador / Lázaro-personaje 3ª persona Objetividad

Tal disociación suele hacerse, como en este fragmento, con una maestría bien calculada y buscando siempre un efecto distanciador premeditado, quizá de naturaleza psicológica (maestría que, dicho sea de paso, hace que muchos lectores apresurados no reparen en esta disociación).

5. CONCLUSIÓN

El fragmento del que aquí se ha esbozado un comentario aproximador pasa por ser una buena muestra del estilo fácil y realista del *Lazarillo de Tormes*. Como este, otros muchos episodios podrían escogerse para el comentario y para llegar a parecidas conclusiones.

La naturaleza folclórica del episodio influye poderosamente en la narración, inserta aquí en un marco muy amplio de antecedentes y consecuentes, que la sitúan dentro del proceso de aprendizaje vital del protagonista. La importancia del ciego, su primer amo, ha sido resaltada por toda la crítica y la puede detectar cualquier lector medianamente avisado.

Como se ha visto, el narrador se encarga de indicarnos que ese proceso aún no ha concluido, a través de las fuertes contraposiciones léxicas que resaltan el diferente ingenio de uno y otro protagonistas. La narración, por ello, se desarrolla con un ritmo muy vivo, como contada oralmente, de pícaro a pícaro (¿lo sería Vuestra Merced?), con un *crescendo* final que desemboca en la resolución degradante, pero aleccionadora, por la que Lázaro empezará a "querer mal" a su amo y anticipará el abandono de su compañía. Esa oralidad, que recuerda el ideal valdesiano de "escribir como se habla", no parece desmentirla ninguno de los recursos arriba expuestos, si bien es cierto que siempre media una literaturización necesaria, como alguna expresión del tipo "fingiendo

haber frío", que más parece deberse al registro latinizante de los prosistas del siglo XV que a la conversación ordinaria española de la época.

En fin, el *humilis stylus*, el estilo humilde, aplicado a personajes humildes que se ocupan de y en hechos humildes, es la mejor forma para acercar la obra al "gran público", al más humilde, que "devoró" el *Lazarillo* incluso después de ser severamente prohibida su lectura en la España rígida y católica del augusto hijo del Emperador.

COMENTARIO DE TEXTO DE EL LAZARILLO DE TORMES (FRAGMENTO DEL JARRO DE VINO)

Usaba (el ciego) poner cabe sí un jarrillo de vino, comíamos, y yo, muy de presto, le asía y daba un par de besos callados, y tornábale a su lugar. Mas duróme poco, que en los tragos, conocía la falta, y por reservar su vino a salvo, nunca desamparaba el jarro, antes lo tenía por el asa asido, mas no había piedra imán que así atrajese a sí como yo con una paja larga de centeno que para aquel menester tenía hecha, la cual, metiéndola en la boca del jarro, chupando el vino, lo dejaba a buenas noches. Mas como fuese el traidor tan astuto, pienso que me sintió, y dende en adelante mudó propósito, y asentaba su jarro entre las piernas, y tapábale con la mano, y así bebías seguro. Yo, que estaba hecho al vino, moría por él, y viendo que aquel remedio de la paja no me aprovechaba ni valía, acordé en el suelo del jarro hacerle una fuentecilla y agujero sutil, y delicadamente, con una muy delgada tortilla de cera, taparlo. Y, al tiempo de comer, fingiendo haber frío, entrábame entre las piernas del triste ciego a calentarme en la pobrecilla lumbrera que teníamos, y, al calor de ella, luego derretida la cera, por ser muy poca, comenzaba la fuentecilla a destilarme en la boca, la cual yo de tal manera ponía, que maldita la gota se perdía. Cuando el pobreto iba a beber, no hallaba nada. Espantábase, maldecíase, daba al diablo el jarro y el vino, no sabiendo qué podía ser.

-No diréis, tío, que os lo bebo yo -decía-, pues no le quitáis de la mano.

Tantas vueltas y tientos dio al jarro, que halló la fuente y cayó en la burla; mas así lo disimuló como si no lo hubiese sentido.

Y luego otro día, teniendo yo rezumando mi jarro como solía, no pensando el daño que me estaba aparejado ni que el mal ciego me sentía, sentéme como solía. Estando recibiendo aquellos dulces tragos, mi cara puesta hacia el cielo, un poco cerrados los ojos por mejor gustar el sabroso licor, sintió el desesperado ciego que ahora tenía tiempo de tomar de mí venganza, y, con todas sus fuerzas, alzando con dos manos aquel dulce y amargo jarro, lo dejó caer sobre mi boca, ayudándose, como digo, con todo su poder, de manera que el pobre Lázaro, que de nada de esto se guardaba, antes, como a otras veces, estaba descuidado y gozoso, verdaderamente me pareció que el cielo, con todo lo que en él hay, me había caído encima.

Fue tal el golpecillo, que me desatinó y sacó de sentido, y el jarrazo tan grande, que los pedazos de él me metieron por la cara, rompiéndomela por muchas partes, y me quebró los dientes, sin los cuales hasta hoy día me quedé. Desde aquella hora quise mal al mal ciego, y aunque me quería y regalaba y me curaba, bien vi que se había holgado del cruel castigo. Lavóme con vino las roturas que con los pedazos del jarro me había hecho, y sonriéndose decía:

"¿Qué te parece, Lázaro? Lo que te enfermó te sana y da salud". Y otros donaires que a mi gusto no lo eran.

LOCALIZACIÓN

El fragmento que vamos a comentar pertenece a El Lazarillo de Tormes, una novela picaresca anónima publicada en 1554. Nos encontramos, pues, a mediados del siglo XVI, en el periodo conocido como Renacimiento.

Este periodo está caracterizado por el surgimiento de los estados modernos; además, España se convierte en un gran Imperio tras el descubrimiento de América y el nombramiento de Carlos I de España como rey de Alemania convirtiéndose así en Carlos V. Su reinado supuso para España una apertura cultural, intelectual y artística respecto a las corrientes europeas. Pretendía unir todos los pueblos de Europa en un solo reino pero este sueño no lo llevó a cabo principalmente por las dificultades de unir pueblos con distintas ideologías: protestantes y católicos.

La segunda parte de este siglo fue gobernada por Felipe II que defendió el catolicismo y España volvió a verse envuelta en un nuevo aislamiento.

Ideológicamente, en este siglo se termina de afianzar el humanismo que antepone la razón al sentimiento por lo que se separa lo natural de lo sobrenatural. El hombre es el centro del universo y muestra una actitud vitalista frente a la vida.

Surge una corriente nueva, el neoplatonismo, que busca la belleza idealizada de las cosas. En este sentido el ideal de belleza femenino se relaciona con una belleza física que refleja la belleza interior, mientras que el ideal de hombre es aquél que sabe de armas y de letras. Los autores buscan la perfección a través de una serie de tópicos: locus amoenus, la edad de oro, carpe diem, collige rosas, beatus ille y tempus fugit.

El Renacimiento en España tiene unas características propias. Por un lado, convive lo tradicional con lo moderno, es decir, junto con el octosílabo se emplea el endecasílabo, y junto al villancico y el romance se usa el soneto, la lira o la égloga. En cuanto a la idealización de la realidad, algunos autores españoles reflejan la realidad del momento, es el caso de El Lazarillo de Tormes, dentro de la picaresca.

También es necesario distinguir dos tipos de renacimiento literario: en la primera mitad del siglo se da un renacimiento pagano, humanista e italianizante; en la segunda mitad la literatura vuelve a temáticas religiosas.

En cuanto a la obra a la que pertenece este fragmento que estamos comentando, se trata de la primera novela moderna. Presenta una serie de características que la diferencian de la novela idealista que se escribía en ese momento:

- ✓ Se muestra la realidad frente al idealismo.
- ✓ Se refleja la vida cotidiana de una época.
- ✓ La acción se desarrolla en un lugar y tiempo concreto.
- ✓ El protagonista evoluciona psicológicamente.

El Lazarillo se publica por primera vez en 1554 (Burgos, Alcalá de Henares y Amberes) y será incluida en el *Índice de libros prohibidos* de la época. El autor pretendía hacer una crítica de **la sociedad**, especialmente de la nobleza y del clero. Criticaba también la ausencia de valores morales y religiosos; la hipocresía social: crueles mendigos, curas faltos de caridad y moral; otro grupo social al que pretende poner en entredicho es a los hidalgos venidos a menos, que prefieren morir a trabajar para defender su limpieza de sangre y su honra.

GÉNERO

Se trata de un texto narrativo que pertenece al subgénero de la novela. En este siglo se dan dos tipos de novelas: por un lado novelas idealistas: de caballerías, pastoril, morisca, bizantina; por otro lado surge la novela realista: picaresca.

En las novelas idealistas nos encontraremos con unos personajes planos que no evolucionan con la experiencia; además el ritmo de la acción es lento: la trama principal se interrumpe con otros relatos, poemas o descripciones; reflejan un tiempo indefinido, irreal o mítico; el paisaje que se describe está idealizado y son lugares exóticos o legendarios; por último, el argumento es bastante simple: lances caballerescos, idilios amorosos y aventuras fantásticas.

La novela picaresca presenta una serie de características que la diferencian de la novela idealista y que la convierten en la referencia de la novela realista española de todos los tiempos: se trata de un relato autobiográfico cuyo narrador es el propio protagonista de la historia; la narración sigue un orden cronológico y, como personaje principal nos encontramos con un pícaro, es decir, un ser de clase social baja, casi un delincuente que acaba ascendiendo socialmente y que evoluciona psicológicamente a lo largo de la historia. El protagonista es un vagabundo que se mueve inducido por el hambre; busca la manera de mejorar de vida. Se convierte así en un antihéroe ya que carece de ideales.

CONTENIDO Y TEMA

A lo largo de los siete tratados que forman la novela, Lázaro nos cuenta su miserable vida: hijo de un ladrón y una lavandera, se queda huérfano de padre siendo muy niño. Al no poder mantenerlo, su madre se lo entrega a un ciego que será el primero de sus amos. Con el paso del tiempo servirá a otros muchos amos: un clérigo avariento, un escudero, un fraile de la Merced, un alguacil, etc.; hasta que finalmente se casa con la criada y protegida de un capellán de Toledo que le ayuda a conseguir el "honroso" oficio de pregonero y que le es infiel. La novela termina con la irónica afirmación que el protagonista hace de haber tenido mucha suerte en la vida.

A lo largo de los siete tratados se desarrollan una serie de temas:

- **La realidad social:** sistema de valores equivocados Problemas sociales y económicos. Pobreza y miseria.
- El **hambre:** los tres primeros tratados se centran en este tema.
- La **honra:** comportamiento social negativo, falsas apariencias (capítulo del escudero)
- El **anticlericalismo:** la hipocresía de las prácticas religiosas externas, la crueldad, la falta de caridad, la avaricia, el engaño y la lascivia.

En este fragmento se cuenta un episodio ocurrido cuando Lázaro está al servicio de su primer amo, un ciego. Este trata de averiguar cómo Lázaro se bebe a escondidas el vino de su jarra. Lázaro recurre a una pajita para beber el líquido y hasta llega a hacer en la parte de abajo un agujero que tapa con cera. El ciego sospecha algo y se da cuenta del engaño, así que decide vengarse rompiéndole el jarro en la cara de Lázaro, que se quedó sin dientes desde entonces.

Como se ve, este episodio nos puede servir para comentar tanto la intención del autor como los temas de la obra (principalmente el tema del hambre y la realidad social). La lección brutal del ciego es el primer aviso de lo que le espera a Lázaro: un trato degradante en la vida que le impide convertirse en una persona decente. Por eso el libro, además de ser una crítica contra la iglesia, es una crítica contra una sociedad que humilla a los más débiles y humildes. Esto se ve en el trato que Lázaro recibe de los siete amos a los que sirve (un ciego, un clérigo, un escudero, un fraile, un capellán, un vendedor de bulas, un arcipreste).

ESTRUCTURA

El libro está formado por siete tratados, en el primero se nos muestran las circunstancias personales del protagonista y cómo llega a manos de su primer amo, el ciego. En el segundo conoce a un clérigo con el que se va a vivir y al que se verá obligado a robar para poder comer. En el tercero, su amo será un escudero que aparenta un status social que no tiene y que también hará pasar hambre a Lázaro. En el cuarto, acompañará a un fraile. En el quinto, su amo es un buldero que le enseñará cómo se engaña al pueblo analfabeto para obtener un beneficio. En el sexto, caerá en las manos de un capellán con el que ganará una pequeña fortuna y podrá comprarse ropa. Por último, en el séptimo, conocerá a un arcipreste con cuya criada se casa. Este fragmento corresponde al primer tratado y está formado por cinco párrafos de distinta dimensión y en donde se combina el diálogo, marcado con guiones o comillas, con la narración. En los tres primeros párrafos se nos cuenta cómo Lázaro se las ingenia para beberse el vino del Ciego y cómo al final este lo descubre pero no le dice nada. Los dos siguientes tratan de cómo pasados unos días, el ciego se venga de Lázaro dejando caer el jarro de vino sobre su cara. Las dos últimas líneas muestran la gran maldad del Ciego al decirle que aquello que lo enfermó también lo sana.

Si hablamos de la estructura narrativa, el planteamiento corresponde al primer párrafo (l. 1-21) en el que se nos presenta a los personajes y el conflicto (el Ciego se da cuenta de que cada vez hay menos vino); el nudo (l. 22-37) corresponde a los cuatro siguientes párrafos donde el Ciego descubre lo que hace Lázaro y se venga de él. La conclusión la encontramos en el último párrafo (l. 38-46) en el que se nos dice lo que le sucede a Lázaro tras la venganza del Ciego.

ELEMENTOS DE LA NARRACIÓN

Una vez analizado el contenido del fragmento vamos a comentar los elementos propios de la narración que en este fragmento se dan. En primer lugar, tenemos al narrador, en este caso es el propio personaje, se trata de un narrador interno protagonista en primera persona que cuenta lo que le pasó con el ciego cuando intentaba beberse el vino de su jarra (l. 3-4, *Mas duróme poco, que en los tragos, conocía la falta, y por reservar su vino a salvo...*).

Los personajes de este fragmento son Lázaro, el protagonista de la novela, y, como personaje secundario, su primer amo, un ciego que le enseña a ser desconfiado y a agudizar el ingenio para obtener algún provecho. En cuanto a la caracterización, la del ciego se realiza de forma directa, por lo que comenta de él el narrador, y de forma indirecta, a través de lo que dice en el último párrafo (l. 45-46, *"¿Qué te parece, Lázaro? Lo que te enfermó te sana y da salud"*); mientras que la caracterización de Lázaro se realiza de forma directa por lo que el narrador, es decir él mismo, dice de él. Lázaro es un pícaro ingenioso que engaña y busca la forma de obtener su propio beneficio (l. 6-8. *yo con una pajas larga de centeno que para aquel menester tenía*

hecha, la cual, metiéndola en la boca del jarro, chupando el vino, lo dejaba a buenas noches; l. 22, No diréis, tío, que os lo bebo yo). El Ciego es astuto y no tiene escrúpulos, es un hombre duro que no duda en hacer daño para defender lo suyo (l. 3-5, Mas duróme poco, que en los tragos, conocía la falta, y por reservar su vino a salvo, nunca desamparaba el jarro, antes lo tenía por el asa asido; l. 24-25, Tantas vueltas y tientos dio al jarro, que halló la fuente y cayó en la burla; l. 43-45, con toda su fuerza, alzando con dos manos aquel dulce y amargo jarro, le dejo caer sobre mi boca, ayudándose, como digo, con todo su poder; 43-44, Lavóme con vino las roturas que con los pedazos del jarro me había hecho, y sonriéndose decía:...).

Solo en dos ocasiones se escucha la voz de los personajes a través del estilo directo que viene marcado por guiones o comillas. (l. 22-23, 45-46)

Hay una única acción, el engaño de Lázaro y descubrimiento por parte de El Ciego. La acción es lineal y hay saltos en el tiempo como observamos en la fórmula *Y luego otro día* (l. 26)

La acción se desarrolla en un espacio real y exterior, suponemos que en el campo o bien a las afueras de la ciudad (l. 14-16, *al tiempo de comer, fingiendo haber frío, entrábame entre las piernas del triste ciego a calentarme en la pobrecilla lumbre que teníamos; l. 36-37, verdaderamente me pareció que el cielo, con todo lo que en él hay, me había caído encima...*). En cuanto al tiempo, no se especifica pero sí sabemos que no ocurre en un solo día, por lo menos pasaron tres (l. 26, *Y luego otro día*)

Por último, distinguiremos entre el receptor externo y el interno. Este último es el narratorio, y en esta obra es "Vuesa merced" al que Lázaro cuenta su caso.

LENGUA Y ESTILO

Para terminar este comentario vamos a analizar los aspectos relacionados con el uso de la lengua y el estilo empleado en esta novela.

Lo primero que es de destacar es que a pesar de la importancia que tiene en esta obra el diálogo, apenas lo encontramos en este fragmento, el estilo directo, empleado para que los personajes hablen por sí mismos y no a través del narrador, solo aparece en dos ocasiones, en las líneas 22 y 45.

Se trata de un texto narrativo por lo que abundan los verbos y, en cuanto a su uso, observamos que en el texto se utilizan los diferentes tiempos verbales según la finalidad o intención de lo narrado. Podemos ver que en el primer párrafo se emplea el pretérito imperfecto (línea 1: Usaba, comíamos; línea 5: había; línea 8: dejaba...) para describir las acciones que, el Ciego y Lázaro, realizaban en el pasado de forma habitual; el presente aparece en las partes dialogadas (línea 22, bebo, quitáis; línea 45, parece, sana, da) e indica las acciones que se están realizando en el momento en el que se habla. En el tercer párrafo se emplea el pretérito perfecto (líneas 24 y 25, dio, halló, cayó...) ya que se narran acciones terminadas. En el cuarto párrafo se combina el pretérito imperfecto, para indicar lo que hacía Lázaro antes de la venganza del Ciego (línea 26, solía; 27, estaba...), con el pretérito perfecto con el que se narra lo que le hace el Ciego para vengarse (línea 32, dejó; 36, pareció...). En el último párrafo también se mezcla el uso del imperfecto con el pretérito perfecto, este último se emplea en la enumeración de los hechos que le ocurren a Lázaro tras la caída del jarro sobre su cara (línea 38, desatinó, sacó; línea 39, metieron...) y el imperfecto para indicar las acciones que realiza durante algún tiempo el Ciego para curar a Lázaro (línea 42, quería, cuidaba, regalaba...).

Curioso el empleo de la segunda persona del plural que emplea Lázaro para hablar con el Ciego (línea 22, diréis, quitáis). Entendemos que se utiliza como fórmula de cortesía y respeto que se le debía a los mayores.

Otra cuestión a tener en cuenta es el hecho de que el episodio está contado por Lázaro y en todo momento habla en primera persona salvo en el párrafo 4º cuando

parece que se distancia de lo que le ocurrió y utiliza la 3ª persona para hablar de sí mismo (*de manera que el pobre Lázaro, que de nada de esto se guardaba, antes, como a otras veces, estaba descuidado y gozoso, verdaderamente me pareció que el cielo,*). No sabemos si ha sido un descuido del autor o bien lo hizo a propósito para mostrar ese distanciamiento de los hechos que se produjeron quizá por el dolor que aún le causaba cuando lo contaba.

Observamos que para llamar a su primer amo, Lázaro no emplea un nombre propio sino que se refiere a él como "ciego", quizá con ello el autor lo que pretende no es individualizar al personaje sino representar a toda una colectividad que actuaban de la misma forma y así llevar a cabo su crítica social.

También llama la atención el uso del sustantivo tío (línea 22) para referirse al ciego, palabra que ha modificado su significado a lo largo de los siglos pero que parece que ya en este siglo se empleaba para dirigirse a personas conocidas. Por último, encontramos el empleo de vocativos como en la línea 45 (*¿Qué te parece, Lázaro?*)

Abunda el uso de adjetivos explicativos pospuestos al sustantivo como en la línea 16, *pobrecilla lumbre*; línea 18, *maldita la gota*; línea 28 y 29, *dulces tragos*; línea 30, *sabroso licor*; línea 32, *dulces y amargo jarro*; línea 41, *mal ciego*.

Sobre la sintaxis, podemos decir que nos encontramos con enunciados muy extensos donde se emplean tanto oraciones subordinadas como coordinadas lo que en ocasiones puede dificultar la comprensión del texto. Apreciamos el uso de estructuras propias del siglo XVI como el empleo del verbo haber por tener (línea 15, *fingiendo haber frío*) o el empleo del pronombre con función de CD o Ci detrás del verbo (*duróme, tornábale, tapábale, espantábase, Lavóme,..*); también expresiones como *muy de presto* (rápido), *tornábale* (volver a dejar), *acordé en el suelo del jarro hacerle* (pensé hace ...), *el daño que me estaba aparejado* (que me esperaba), *de todo su poder* (fuerza)...; otras construcciones que a nosotros nos llaman la atención son: *en los tragos conocía la falta* (líneas 3 y 4), *no me aprovechaba ni valía* (línea 12); *tomar de mí venganza* (línea 31)...

Una de las características de la picaresca es el empleo de un lenguaje sencillo y llano que refleja la forma de hablar del pueblo, en este fragmento lo podemos comprobar si tenemos en cuenta el uso abundante de la derivación de carácter apreciativo a través de la sufijación: línea 1, *jarrillo*; línea 13, *fuentecilla*; línea 16, *pobrecilla*; línea 19, *pobreto*; línea 38, *golpecillo, jarrazo*. Además, también encontramos sustantivos de uso coloquial como en la línea 23 *tientos*; 19, *pobreto*, y expresiones del tipo *moría por él* (línea 11), *lo dejaba a buenas noches* (línea 8), *asentaba su jarro entre las piernas* (línea 9 y 10), *maldita la gota que perdía* (línea 18 y 19), y *el jarrazo tan grande* (línea 38 y 39)... También se puede considerar rasgo coloquial la mención al diablo que se hace en la línea 20 (*Espantábase, maldecíase, daba al diablo*) Otro rasgo de coloquialismo es el abundante polisíndeton que a lo largo del texto encontramos (líneas 9, 10, 11, 42...)

Como podemos observar se trata de una literatura sin muchos artificios aunque sí podemos encontrar algunas metáforas como en la línea 2, *besos callados* (sorbos), línea 7, *en la boca del jarro* (parte abierta por donde se bebe). Comparaciones como en la líneas 5 y 6, *que así atrajese a sí como*; línea 8, *mas como fuese el traidor tan astuto*. Encontramos una antítesis en la línea 32, *dulce y amargo jarro*; línea 45, *lo que te enfermó te sana y da salud*. Hay frecuentes enumeraciones de acciones como en las líneas 1 y 2 donde también se emplea el polisíndeton al igual que en las líneas 9 y 10 (*y yo, muy de presto, le asía y daba un par de besos callados, y tornábale a su lugar // y dende en adelante mudó propósito, y asentaba su jarro entre las piernas, y tapábale con la mano, y así bebías seguro*), y en la 42 (*y aunque me quería y regalaba y me curaba*); también encontramos otra en la línea 20, pero en este caso hay asíndeton (*Espantábase, maldecíase, daba al diablo*)... Encontramos una perífrasis en la línea 41 y 42 (*quise mal al mal ciego*) y una interrogación retórica en la línea 45 (*¿Qué te parece, Lázaro?*)

Por último, la novela picaresca se caracteriza por el empleo de la ironía y el humor. En este breve fragmento podemos captar la ironía sobre todo en las palabras del ciego (líneas 45 y 46, *Qué te parece, Lázaro? Lo que te enfermó te sana y da salud*) y en cuanto al humor, debemos creer que en aquella época al receptor le provocaría risa la escena en que sobre la cara de Lázaro, el ciego deja caer el jarro de vino.